

Fals Borda: la formación de un intelectual *disórgano**

*Fals Borda: The Making of a
“Disorganous” Intellectual*

ALEXANDER PEREIRA FERNÁNDEZ**

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Morelia (Michoacán), México

* Agradezco a los miembros del Taller Interdisciplinario de Formación en Investigación Social (Umbra) por los comentarios que hicieron a este artículo, en especial a la historiadora Marta Herrera Ángel, directora del taller.

** pereirafernan@yahoo.com

Recepción: 21 de febrero de 2008. Aprobación: 20 de agosto de 2008.

RESUMEN

[376]

El artículo da cuenta del modo en que el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda experimentó la década de los años sesenta, en el intento de explorar los asuntos más relevantes que fueron definiendo su carrera intelectual. El texto está dividido en dos grandes partes y una pequeña conclusión. El primer apartado trata del periodo en que Fals Borda estuvo comprometido con teorías de la modernización y políticas gubernamentales de tipo desarrollista. Y el segundo trata sobre la época en que este sociólogo empezó a desprenderse de esos enfoques para ir construyendo una carrera intelectual desde una perspectiva autónoma y políticamente radical.

Palabras clave: intelectual, sociología, desarrollismo, modernización, disidencia política, Orlando Fals Borda.

ABSTRACT

This article deals with how Colombian sociologist Orlando Fals Borda experienced the 60's. Its overall content attempts to explore the most relevant issues which gradually and eventually defined his intellectual career. The text comprises two major sections and a brief conclusion. The first section describes the time when Fals Borda committed himself to theories of modernization as well as to developmental policies adopted by the government. The second section gives an account of the years in which this sociologist gradually abandoned those approaches and began a new intellectual career, from an autonomous and politically radical perspective.

Key words: *Intellectual, Sociology, Developmentalism, Modernization, Political Dissidence, Orlando Fals Borda.*

Antes de comenzar: “la levadura que lauda toda la masa”

El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado.

MATEO 13: 33

Y volvió a decir: ¿a qué compararé el reino de Dios? Es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado.

LUCAS 13: 20 Y 21.

[377]

YA FINALES DE los años cincuenta Orlando Fals Borda decía: “tales líderes locales deben convertirse en la levadura que lauda toda la masa, adoptando las cualidades catalíticas que tenía el agente externo de cambio, continuando su trabajo y tomando iniciativas y responsabilidades”.¹ El joven sociólogo se refería al asesoramiento profesional que había desempeñado entre campesinos del vecindario de Saucío, en el municipio de Chocontá, Cundinamarca, con el fin de organizarlos en torno a objetivos orientados al mejoramiento de su situación social. Se trataba del primer experimento de Acción Comunal llevado a cabo en Colombia, concluido en agosto de 1958.² La idea era que las enseñanzas que él había transmitido, como “agente externo de cambio”, continuaran siendo promovidas por las personas más activas de la comunidad, hasta ser difundidas entre todos los miembros de la misma. A su vez, este experimento comunal debía servir de ejemplo para el programa de Acción Comunal que el gobierno implementaría poco tiempo después en todo el país.

El uso que Fals Borda hacía de esa metáfora bíblica puede darnos tanto una idea de la formación intelectual que tuvo antes de los años sesenta como de muchas de las orientaciones que siguió su pensamiento posteriormente. Orlando Enrique Fals Borda murió en Bogotá en la madrugada del 12 de agosto de 2008, a un mes de cumplir 83 años de haber nacido en Barranquilla, el 11 de julio de 1925. Como cualquier otro ser humano, durante ese periodo que abarca casi todo un siglo, Fals Borda tuvo distintas transfor-

1. Orlando Fals Borda (con la colaboración de Nina Chaves e Ismael Márquez), *Acción Comunal en una vereda colombiana: su aplicación, sus resultados y su interpretación* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Sociología, 1960) 52.
2. “Escuela de \$22.000 construyen con cooperación mutua vecinos de Saucío”, *El Espectador* [Bogotá] 25 ago. 1958: 3C.

[378]

maciones personales e intelectuales. Lejos de ser hombre unívoco en su pensamiento, Fals Borda fue ante todo una persona con múltiples identidades, muchas de ellas contradictorias, que fueron formándose y cambiando durante el transcurso de su vida. Sin embargo, frente a las paradojas que encierra su pensamiento, Fals Borda también tuvo muchas constancias que, irónicamente, fueron a su vez la base de la heterodoxia que caracterizó su obra intelectual. Esas constancias las hallamos como fruto de los valores morales y humanistas que le proveyó la educación cristiana y racionalista que recibió durante su infancia y primera juventud. Se trataba de cierto cristianismo ilustrado, vinculado al liberalismo radical del siglo XIX que, como en la metáfora sobre la levadura con la que iniciamos, se proyectaba en la forma de una voluntad pedagógica y de redención social de los pobres a través del esfuerzo colectivo para construir el reino de Dios en la tierra.

En un estudio precedente tuvimos oportunidad de examinar el proceso de formación intelectual de Orlando Fals Borda.³ De ese estudio resultó que, gracias a su primera formación en un hogar cristiano protestante y a partir de otras experiencias personales en una ciudad de espíritu liberal como Barranquilla, Fals Borda alcanzó a madurar las nociones morales que orientaron muchos de sus pensamientos y acciones. Defendimos que cuando se plegó a las ideologías reformistas que le suministraron los enfoques del cambio social dirigido, del desarrollismo, de la modernización capitalista y demás perspectivas teóricas concomitantes propias de la época en que hizo sus estudios universitarios en Estados Unidos, estas debieron pasar, primero, por los filtros de las convicciones morales que lo habían alimentado a través sus experiencias materiales y culturales. Razón por la cual encontramos que el idealismo moral en que se apoyaba lograría colorear las otras ideologías que fue absorbiendo a través de su itinerario intelectual.

Al mezclar todos esos elementos ideológicos, Fals Borda imprimiría en sus obras una marca personal. Esta postura particular sería la que haría que quedara sin cerrarse el círculo político liberal que rodeaba su mente y la que definiría el perfil intelectual y humano con que se proyectaría en los escenarios públicos desde finales de los años cincuenta. La conclusión general a la que llegamos fue que el humanismo cristiano en que se formó, en la práctica había tomado las características de un democratismo liberal. A este

3. Alexander Pereira, “El itinerario ideológico de Fals Borda, 1925-1957”, trabajo de grado para optar al título de historiador, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2005, 120.

lo entendimos sustentado sobre una perspectiva de bases morales fuertes que serían las que lo impulsarían, tras desencantarse de las ideas liberales, hacia posiciones ideológicas radicales. Ese proceso de radicalización intelectual será precisamente el que intentaremos examinar en el presente ensayo.

En los tiempos del desarrollismo

Tras haber culminado en 1941 sus estudios en el presbiteriano Colegio Americano de Barranquilla, Orlando Fals ingresó al Ejército Nacional con el fin de hacerse oficial, entre 1943 y 1944. Desencantado de esa experiencia, viajó a Estados Unidos a realizar estudios en la también presbiteriana Universidad de Dubuque, Estado de Iowa, donde obtuvo el título de *Bachelor of Arts* en literatura inglesa en 1947. Luego realizó estudios de maestría y doctorado en sociología rural en la Universidad de Minnesota y en la Universidad de Florida respectivamente, hasta 1955. De la maestría salió su libro *Campesinos de los Andes* y del doctorado *El hombre y la tierra en Boyacá*. Al promediar los años cincuenta, con la publicación de esos textos y una serie de artículos relacionados con el tema de la sociología rural, Fals Borda comenzó a ser reconocido en Colombia y en el resto de América Latina como un científico social riguroso. Esta es una etapa en la que teóricamente estuvo vinculado con el estructural-funcionalismo, desde una perspectiva científica con fuertes rasgos positivistas, que se pretendía libre de valoraciones y guía ilustrada de las decisiones que los gobiernos debían seguir en sus planes de desarrollo.⁴ En consecuencia, políticamente, estuvo comprometido con enfoques del modelo desarrollista de modernización capitalista que impulsaban los Estados latinoamericanos de la época.

Puede decirse que sus acciones públicas se vieron caracterizadas por un poderoso optimismo demócrata-liberal. Optimismo que le venía de cierta hibridación ideológica, producto de una precedente educación cristiana proteste; influido por ideales democráticos y filantrópicos; por el consenso liberal respirado en la atmósfera universitaria donde se formó en Estados Unidos; y, en gran medida también, por el tibio reformismo que desplegó el primer gobierno del Frente Nacional (1958-1962). Este, de la mano de las

[379]

4. Sobre los elementos positivistas de los libros *Campesinos de los Andes* (1955) y *El hombre y la tierra en Boyacá* (1957), véase: Diana Obregón, "Sociología: de la palabra al concepto (una hipótesis sobre la constitución de la sociología como ciencia en Colombia)", *Revista Colombiana de Sociología* 5.1 (1987): 74-77; Jaime Eduardo Jaramillo, "*Campesinos de los Andes*: Estudio pionero de la sociología colombiana", *Revista Colombiana de Sociología* 3.1 (1996): 53-82; Pereira 60-85.

políticas agenciadas por el gobierno norteamericano de John F. Kennedy, a escala hemisférica, con el paquete de programas reformistas que trajo la Alianza para el Progreso en su lucha contra lo que se percibía como el avance del comunismo.

[380]

El prestigio que alcanzó Fals Borda le sirvió para ser nombrado en 1959 como director general del Ministerio de Agricultura (hoy viceministerio de Agricultura) y como decano-fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia; contando para esta última tarea con la colaboración del sacerdote y sociólogo Camilo Torres Restrepo, formado en la Universidad de Lovaina, en Bélgica. Con Camilo Torres, Fals Borda tenía esperanzas compartidas en los cambios democráticos que prometían los planes reformistas de las élites dominantes colombianas. De tal suerte que ambos estuvieron trabajando al servicio del Estado en el asesoramiento técnico de los programas de reforma agraria y de Acción Comunal, al tiempo que bregaban con espíritu apostólico por consolidar la sociología como ciencia en el país.

Desde la Facultad de Sociología, Fals Borda y sus colaboradores concentraron a miembros sobresalientes de la nueva generación de científicos sociales que despuntaban en Colombia. Muchos de cuales eran provenientes de la extinta Escuela Normal Superior (primer intento colombiano de profesionalizar las ciencias sociales en los años cuarenta), con lo que se daba, en cierta medida, la posibilidad de reagrupar en una misma institución a representantes destacados de la primera generación de científicos sociales formados en el país. En un vivísimo artículo escrito hace pocos años, Fals Borda rememoraba al respecto: “El insumo de egresados eminentes de la fenecida Escuela Normal Superior como Roberto Pineda, Virginia Gutiérrez, Milciades Chávez y Darío Mesa fueron muy importantes”⁵.

Igualmente importantes para el proyecto de esa Facultad fueron intelectuales como Eduardo Umaña Luna, Tomás Duncay, Carlos Escalante, Jaime Quijano, Miguel Fornaguera y Segundo Bernal, quienes compartieron con investigadores extranjeros como Andrew Pearse, Ernesto Guhl, Emilio Willems, Juan Friede, Everett Rogers, Arthur Vidich, Aron Litman, Eugene Havens y William Flinn, entre otros.⁶ Personajes todos que por sus proceden-

5. Orlando Fals Borda, “Cuarenta años de sociología en Colombia: problemas y proyecciones”, *Revista Colombiana de Sociología* 6.1 (2001): 8.

6. Sobre los investigadores y los temas que pasaron por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional en la época en que Fals Borda fue decano,

cias, enfoques e intereses académicos diversos le dieron un aire cosmopolita a la naciente institucionalización de la sociología en Colombia. Con ellos se aportó un espacio abierto de discusión y deliberación científica de alto nivel, que llegó a contribuir no solo a la formación de sociólogos, sino también a cualificar la opinión de algunos sectores sociales, en particular los provenientes de las, por entonces, ascendentes clases medias profesionales.

En estas tareas por consolidar la sociología como un campo académico especializado también participó la socióloga María Cristina Salazar Camacho, quien merece una mención especial por la fructífera relación afectiva y académica que sostuvo desde los años sesenta con Fals Borda.⁷ María Cristina Salazar ingresó a la Facultad de Sociología luego de ser llamada en 1962 por Camilo Torres, con quien, además de compartir profundas convicciones cristianas, tenía similares orígenes sociales.⁸ Su educación primaria y secundaria la realizó en Inglaterra y Estados Unidos; en este último país consiguió también los títulos de *Bachelor* en artes en 1951 y los de maestría y doctorado en sociología en la Universidad Católica de América, en Washington, en 1957, siendo así la primera mujer con ese título profesional en Colombia. De vuelta al país, María Cristina ayudó a fundar en 1960 las carreras de Trabajo Social y Sociología en la Universidad Javeriana, de donde luego salió para hacer parte del cuerpo de profesores de la Universidad Nacional.

[381]

A finales de los años sesenta María Cristina Salazar y Orlando Fals contrajeron dos veces matrimonio, uno por la Iglesia católica y otro por

consúltese: Jorge Hernández Lara, “Dos décadas de sociología en Colombia (1950-1970)”, trabajo de grado para optar el título de sociólogo, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1983, 55-92; Gabriel Restrepo Forero, “El Departamento y la Facultad de Sociología entre 1959 y 1966”, *Revista Colombiana de Sociología* 6.1 (1988): 85-104.

7. Acerca del papel jugado por María Cristina Salazar en la institucionalización de las ciencias sociales en Colombia, ver: Gabriel Restrepo Forero, “La sociología ante sus años cincuenta”, *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*, ed. Mauricio Archila *et al* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006) 395-398.
8. Ella nació en el seno de una familia de la élite colombiana, era nieta de Félix María Salazar, un rico terrateniente conservador que fue ministro y senador durante los gobiernos de Rafael Reyes y de Pedro Nel Ospina. Asimismo, su abuelo materno fue el liberal radical Salvador Camacho Roldán, quien entre otros puestos, estuvo encargado de la presidencia de la república durante el gobierno del general Santos Gutiérrez, en 1868. A Camacho Roldán se le reconoce por ser pionero en el análisis sociológico en Colombia.

[382]

la presbiteriana, manteniendo durante cuatro décadas una camaradería que los benefició mutuamente en sus quehaceres intelectuales. Así como la diversidad de profesores e investigadores que conformaban la Facultad de Sociología, esta historia de amor entre una cristiana católica y un protestante era una muestra más del ambiente de tolerancia que se respiraba en los primeros años de ese círculo académico, situación que rompía con los múltiples sectarismos que imperaban en otros ámbitos de la sociedad colombiana de la época. La profunda formación cristiana de los esposos Fals-Salazar, unida a la del sacerdote Camilo Torres, también ayuda a comprender la mística apostólica que acompañó el proceso de institucionalización de la primera comunidad de sociólogos colombianos. “En esta Facultad, como muchos habrán podido observarlo, se ha creado una verdadera mística por la ciencia y por el servicio a Colombia”, afirmaba Fals Borda en 1962.⁹

Según Rodrigo Parra Sandoval, sociólogo formado en ese mismo ambiente académico y luego analista del mismo, el cristianismo que portaban Fals Borda y Torres Restrepo los proveyó de una ética del trabajo, entendida en el sentido weberiano, que se expresó en el liderazgo carismático que proyectaron como intelectuales durante el periodo de fundación de la Facultad de Sociología. Afirma Sandoval: “este carisma de los fundadores jugó sin lugar a dudas un papel de gran importancia en el surgimiento de la comunidad científica que tuvo lugar en la década de los sesenta”.¹⁰ En efecto, las capacidades ejecutivas desplegadas por Fals Borda o Camilo Torres, este último más desde la política, dejaban apreciar, al igual que el caso de María Cristina Salazar, una fuerte mística religiosa que animaba sus acciones.

Durante la primera parte de los años sesenta, en el intento de consolidar la disciplina sociológica en Colombia, Fals Borda lideró la fundación de la Asociación Colombiana de Sociología (1962), promovió la organización del VII Congreso Latinoamericano de Sociología (1964) y el I y el II Nacional (1963 y 1967), todos efectuados en Bogotá. Igualmente, en un momento en que la universidad colombiana no financiaba investigaciones, ni mucho menos existía la figura del profesor investigador, contribuyó a la consecución

9. Orlando Fals Borda, “La Facultad de sociología dejó atrás el periodo experimental”, texto del discurso pronunciado por el decano en el acto de graduación de los primeros egresados de la Facultad de Sociología, el 6 de abril de 1962. Archivo, Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de Colombia (AFCH). Bogotá.

10. Rodrigo Parra Sandoval, “La sociología en Colombia: 1959-1969”, *Ciencia, Tecnología y Desarrollo* 9.1-4, (1985): 191.

de fondos internacionales para tales actividades, a través de fundaciones como la Ford, Rockefeller, Fulbright y entidades como la UNESCO. También se logró con esos dineros construir una infraestructura académica para la naciente facultad: edificaciones, logística para la investigación y la docencia, bibliotecas, maquinas de cómputo y de escribir, la serie de monografías sociológicas —de amplia difusión, en la que diversos investigadores tuvieron la oportunidad de publicar sus trabajos—. Asimismo, creó el Programa Latinoamericano de Estudios para el Desarrollo (PLEDES), 1964-1969, donde pudieron continuar sus estudios de postgrado muchos de los egresados de la carrera de sociología.¹¹

[383]

Esta enorme capacidad de gestión administrativa, combinada con labores docentes, investigativas, de promoción y divulgación de estudios, dejan apreciar el liderazgo científico de Fals Borda en la búsqueda por organizar un campo autónomo para la sociología como disciplina científica en Colombia. En esta época, Fals fue capaz de ayudar a coordinar el proceso de institucionalización de las ciencias sociales que había quedado truncado con la desaparición de la Escuela Normal Superior, pues no solamente se trató de la fundación de la carrera de sociología, sino que a partir de ella empezaron a surgir otros programas de ciencias sociales como Antropología, Trabajo Social y Geografía.¹² Igualmente, hay que agregar que el movimiento acelerado con el que Fals Borda y sus colaboradores construyeron toda esa infraestructura intelectual estaba motivado por otra serie de transformaciones, también precipitadas, que se venían gestando de forma paralela en la sociedad en general.

Para principios de los años sesenta se habían invertido las cifras de los pobladores rurales y urbanos en Colombia. En ese momento el 60,6 % de

-
11. Acerca de las actividades académico-administrativas que Fals Borda ejecutó en los años sesenta, véase: Gonzalo Cataño, "Presentación de Orlando Fals Borda", *Ciencia y compromiso. En torno a la obra de Orlando Fals Borda* (Bogotá: Asociación Colombiana de Sociología, 1987) 13-17. Una exposición más detallada, donde se muestra la manera como Fals Borda combinaba sus actividades docentes, investigativas, administrativas y como funcionario del gobierno, puede encontrarse en: Restrepo Forero, "El Departamento..." 87-90.
 12. Daniel Carrillo Guerrero, "A manera de introducción. Zonas de negociación en ciencias sociales: La creación de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia (1963-1966)", *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*, ed. Archila et al (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006) 25.

[384]

los colombianos vivían en ciudades, se había incrementado la cobertura educativa de modo sustancial, las mujeres empezaron a ingresar masivamente a las universidades y, en la medida en que se ensanchaban las capas medias y populares, crecía también el inconformismo político y con él la movilización social. El mundo de las editoriales despertaba, excelentes revistas culturales como *Mito* y *Eco* hacían época, al mismo tiempo que la circulación de periódicos aumentaba vertiginosamente. En una palabra, las tareas que se emprendían desde la Facultad de Sociología eran motivadas y tenían su correspondencia con los nuevos estilos de vida y, especialmente, con un incremento importante del público lector, cada vez más profesional e interesado en consumir productos culturales.¹³

En una entrevista realizada a Belisario Betancur en 1963, quien por entonces era uno de los accionistas de Ediciones Tercer Mundo, él afirmaba: “en los últimos años el comercio del libro se ha incrementado en tal forma, que podría asegurar que la industria del libro colombiano se encuentra en su etapa inicial. Me parece definitivamente superada la época en que el escritor debía enfrentarse a la triple tarea de escritor-impresor-distribuidor”.¹⁴ Evidentemente, el consumo de libros crecía y las labores intelectuales empezaban a especializarse. Otro elemento que deja entrever esta entrevista, quizá el más significativo, es el relacionado con la poca diferenciación que existía entre el intelectual y el político de profesión. Hasta antes de los años sesenta la línea que separaba la labor del uno y del otro no existía claramente. Ejemplo de ello lo ofrece el propio Betancur, quien al mismo tiempo que se reclamaba como intelectual hacía de ministro de Trabajo. Su caso es sintomático tanto más por cuanto muestra una persistencia en ese sentido: Betancur llegaría a la presidencia de Colombia en los años ochenta, no sin que se le dejara de percibir como intelectual.¹⁵

-
13. Para un análisis acerca de los cambios que se estaban generando en el consumo de productos culturales y de libros en la Colombia de los años sesenta, véase: Miguel Ángel Urrego, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De las Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2002) 145-185; Juan Guillermo Gómez, *Colombia es una cosa impenetrable* (Bogotá: Diente de León, 2006) 331-400.
14. “Un escritor, dos editores y un librero hablan sobre: los problemas del libro en Colombia”, en *El Tiempo*, Lecturas Dominicales [Bogotá] 14 jul. 1963: 2C.
15. Acerca de esta relación entre la actividad intelectual y la política en Colombia ver: Malcolm Deas, *El poder y la gramática* (Bogotá: Tercer Mundo, 1993).

Sin embargo, al iniciarse el decenio de los sesenta era evidente que se experimentaba una separación entre esos dos ámbitos de actividades, con lo que podemos afirmar que Fals Borda fue un personaje de transición en tales cambios. Como ya lo vimos, al mismo tiempo que era decano de la Facultad de Sociología, hacía parte de la primera administración del Frente Nacional, tras hacerse visible con sus primeras obras científicas.¹⁶ A principios de 1962 Fals Borda le escribió una carta a Lynn Smith, su maestro en la Universidad de la Florida, donde le comentaba acerca de sus actividades con el gobierno: “La reforma agraria está en marcha, y yo estoy metido en ella hasta el pescuezo”.¹⁷ No obstante, ese compromiso con el Estado estaba por romperse, las mutaciones que se venían sucediendo en la relación entre algunos sectores intelectuales y los grupos que detentaban el poder se iba agrietando a tal ritmo que, hacia finales de ese mismo año, personajes como Fals Borda empezaban a marcar distancia con el Frente Nacional.

[385]

La gota que rebosó la copa tenía que ver con el revuelo público que suscitó la aparición del primer tomo de *La Violencia en Colombia*, libro del cual también fueron coautores Eduardo Umaña Luna y Germán Guzmán Campos, este último también sacerdote católico. La aparición de esta obra tiene un valor simbólico importante para la historia de la autonomía intelectual en Colombia, ya que marcó uno de los primeros hitos en la independencia de la nueva intelectualidad con respecto de la clase política y del Estado; cuánto más si tenemos en cuenta que la investigación había sido financiada por entidades del gobierno.¹⁸ Con bases teóricas y empíricas fuertes, los autores del libro llegaron a interpretaciones que estaban lejos de subordinarse al pacto de olvido y reconciliación que ensayaban entre sus miembros las élites instaladas en el poder. Más que colocados en uno u otro bando del sistema bipartidista, como era lo usual en los textos precedentes sobre el tema de la violencia, este libro tenía una pretensión científica encaminada a explicar el conflicto social que sacudía al país desde finales de los años cuarenta.

16. Por lo general en Colombia un intelectual se daba a conocer con algunas obras importantes y luego era llamado para ser vinculado con la administración estatal, a través del partido Liberal o del Conservador. Los casos de Luís López de Mesa, Indalecio Liévana Aguirre son también representativos de ese fenómeno.

17. Citado por Restrepo Forero, “El Departamento...” 89.

18. La idea de que esta obra marcó un hito en la autonomía de los intelectuales colombianos la tomamos de: Urrego 179-180.

[386]

“Colombia ha llegado en su devenir histórico a tal encrucijada que necesita que se le diga la verdad, así sea ella dolorosa, y aunque produzca serios inconvenientes a aquellos que se atrevan a decirla”, apuntaba Fals Borda en el prólogo del primer tomo de la investigación.¹⁹ Pese a la pretendida objetividad de los autores, y como lo deja apreciar la cita anterior, la obra no dejaba de tener un tono de reclamo que la acercaba a cierta búsqueda de responsables sobre la crisis en que se mantenía Colombia. En el mismo prólogo y subiéndole aún más el tono, continuaba Fals:

El presente estudio trata de ser objetivo. Pero también quiere ser una campanada de alerta que al redoblar hiera la sensibilidad de los colombianos y los obligue a pensar antes de volver a estimular el ciclo de destrucción inútil y de sevicia rebosante que se inició en 1949. La historia enseña que es posible hacer revoluciones radicales, mas sin crueldad; totales, mas sin el inútil sacrificio humano. Si Colombia necesita de una honda transformación social, ¡seamos capaces de hacerla como hombres y no como bestias!²⁰

Para los autores de *La violencia en Colombia*, los verdaderos responsables de la confrontación habían sido las clases dominantes en su afán desmedido por controlar el Estado: “Algunas clases dirigentes y las ‘oligarquías’ de ambos partidos tradicionales, coaligadas por la seria amenaza a sus intereses, tomaron las riendas del Estado para efectuar la contrarrevolución”, aseveraba Fals Borda refiriéndose a la frustración que significó el freno al impulso democrático del movimiento populista liderado por Jorge Eliécer Gaitán al promediar los años cuarenta.²¹ A pesar de las incongruencias valorativas que hoy pudiéramos señalar en algunas partes del libro —en particular las provenientes del intento de diagnosticar la realidad con el fin de se sugerir tratamientos terapéuticos, a la manera de un médico, y del problemático uso de conceptos tomados del estructural-funcionalismo—, es posible reconocer el valor de su análisis en el sentido de encontrar explicaciones argumentadas en torno al problema de la violencia. Es precisamente este carácter científico de la obra el que la hace pionera entre los investigadores

19. Orlando Fals Borda *et al*, *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, tomo 1 (Bogotá: Tercer Mundo, 1962) 13.

20. Fals Borda, *La violencia* 13.

21. Fals Borda, *La violencia* 14.

sobre el conflicto en Colombia. Tanto es así, que ella sería la matriz de una subdisciplina conocida en el país como la violentología.²²

Pero no solo en lo antes dicho reside la importancia del libro; como ya se insinuó, este también tenía algo de herético, ya que su aparición rompió con un silencio sordo, con un sentido común impuesto desde el poder sobre el problema de la violencia. Es en ese sentido que puede decirse que fue una investigación que manifestaba los atisbos de una naciente autonomía intelectual, expresada en cierta disidencia con respecto al poder y al discurso oficial dominante; lo que puede verificarse en la ruidosa confrontación pública que desató su publicación entre los dos partidos integrantes del Frente Nacional (liberal y conservador), las Fuerzas Armadas, la Policía y la Iglesia católica. Nadie quería hacerse responsable de los cerca de 300.000 muertos y los miles de desplazados de los que hablaba la investigación. Cuestión que motivó en el parlamento discusiones secretas sobre la obra; pronunciamientos militares con libro en mano, que incluso hicieron correr el rumor de un golpe de Estado; y también, como consecuencia del escándalo de la prensa y como nota melodramática, hasta la reina nacional de belleza tomó cartas en el asunto, con un pronunciamiento en el que afirmaba su deseo de iniciar diálogos con algunos de los que ella llamaba jefes bandoleros.²³

[387]

Los periódicos voceros de los partidos liberal y conservador se fustigaban mutuamente, a la vez que publicaban artículos a favor o en contra de la investigación y de los autores de la misma. “Un sociólogo protestante, un abogado liberal y un cura párroco católico, le quitan toda respetabilidad a la obra”, editorializaba *El Siglo*.²⁴ Por cierto, hasta el ministro de Trabajo, Belisario Betancur, debió renunciar por unos días a su cargo al verse rodeado por las querellas que recibió en su calidad de accionista de Ediciones Tercer Mundo, que fue la encargada de publicar la obra. Aunque como afirmaba la prensa, Betancur, con “su estilo deportivo para hacer política”, explicaba satisfactoriamente que él nada tenía que ver con la selección de los volúmenes que publicaba la editorial.²⁵

-
22. Sobre el valor que tiene esta obra para la historiografía sobre la violencia ver: Carlos Miguel Ortiz, “Historiografía de la violencia”, *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, vol. 1, ed. Bernardo Tovar (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1995) 390-392.
23. Sobre la iniciativa de la reina, ver: “¿Capellán de bandoleros?”, *El Siglo* [Bogotá] 28 sep. 1962: 4C.
24. “Los apologistas de la violencia”, *El Siglo* [Bogotá] 15 sep. 1962: 4C.
25. “Betancur, oro puro”, *La Nueva Prensa* 6.76 (Bogotá, 13 a 19 oct. 1962): 23-28.

[388]

La posición ambigua que asumió Betancur ante un asunto que puso a discutir a amplios sectores del país podría corresponder a la de aquellos intelectuales que no se diferenciaban del político de profesión; pero no a la de los nuevos intelectuales que venían forjando un espacio autónomo para expresarse libremente, sin tener que subordinar sus ideas al poder político establecido. Esta búsqueda no era algo que acontecía solamente en el ámbito de las ciencias sociales, en rigor, hay que decir que se trataba de un movimiento de ideas disidentes que tenía también expresión en otras ramas profesionales. Pues no es casualidad que en el mismo año en que salió *La violencia en Colombia* vieron la luz dos obras artísticas de marcado contenido crítico sobre la realidad del país, y en particular sobre el fenómeno de la violencia. El pintor Alejandro Obregón llegó a exponer una de sus obras más renombradas, un lienzo titulado *Violencia*, donde aparecía el cadáver de una mujer que simulaba con su cuerpo desnudo la geografía de la cordillera de los Andes, con colores lúgubres que sugerían la idea de la brutalidad de las masacres. El joven García Márquez hacía lo propio con su novela *La mala hora*, en la que narraba el advenimiento de la hora de la desgracia, del tiempo de la violencia colectiva sobre un pueblo de campesinos.

Es posible hablar de una nueva sensibilidad frente a la realidad nacional entre sectores de la joven generación de intelectuales que se hacía visible a principios de los años sesenta. Esta nueva actitud venía de la experiencia compartida que todos ellos tuvieron durante su primera juventud en medio de una sociedad encerrada en la guerra civil. En el caso particular de Fals Borda y de sus compañeros de estudio, la relación entre esa experiencia vital y esta nueva subjetividad social era aún más evidente: al verse involucrados en un estudio sobre el conflicto de la violencia, estos intelectuales fueron impactados directamente sobre sus conciencias, ya que por haber tenido acceso a una gran cantidad de material empírico y a entrevistas con pobladores rurales, al visitar distintas zonas donde el conflicto mostró sus rasgos más macabros, pudieron observar de forma directa las consecuencias de una guerra cuyos principales perjudicados eran campesinos pobres y analfabetas. Campesinos que, además de ser víctimas, tenían que cargar con el peso de un estigma que desde el discurso oficial los hacían ver como bárbaros.²⁶

26. Además de los autores que aparecen en el libro en las discusiones para su elaboración también participó Camilo Torres. Al parecer se esperaba que el escrito de Torres apareciera en el segundo tomo de la investigación. Aunque no tenemos pruebas para sostenerlo, es posible que el artículo de Torres no

Quizá la mejor muestra de esa nueva sensibilidad y del impacto que tuvo el libro de la violencia entre sus propios autores lo ofrezca el hecho siguiente: en abril de 1964, a pocos meses de la aparición del segundo tomo de la investigación, sus autores intentaron involucrarse como mediadores del conflicto en una región rural del sur del país, por los días en que el gobierno amenazó con invadir militarmente una zona poblada por grupos de autodefensas campesinas, en Marquetalia, Tolima, donde supuestamente existía una “república independiente”. Ante esa situación, Fals Borda, Umaña Luna, Germán Guzmán, Camilo Torres, Gerardo Molina, Hernando Garavito y el sacerdote Gustavo Pérez decidieron crear una “Comisión de Paz Independiente” con el fin de ofrecer sus servicios para lograr un acuerdo entre el gobierno y los campesinos insurgentes.²⁷

[389]

Sin embargo, sectores de la prensa señalaron al grupo como “filo-comunista” y la Iglesia católica negó el permiso para ir a Marquetalia a los sacerdotes que integraban la Comisión.²⁸ Así las cosas, el grupo terminó por disolverse, no sin que antes sus miembros se pronunciaran desde la prensa advirtiendo con palabras casi proféticas lo siguiente:

Pueda ser que no se reanude el holocausto de vidas y bienes que acompaña a la violencia. Violencia cuyas causas no residen fundamentalmente en factores como la propaganda de ideología alguna, sino en la miseria y el desamparo en que se ha mantenido a gran parte de la

apareció por los conflictos que suscitó la publicación del primer tomo. En su texto, Camilo Torres defendía algunas interpretaciones acerca de los cambios que habrían tenido lugar en la cultura campesina debido al conflicto de la violencia, llegando a suponer que después del conflicto los campesinos habrían llegado a quebrar ciertas relaciones estáticas y cerradas en sus relaciones sociales, abriéndolos de manera positiva hacia nuevas dinámicas sociales. Este ensayo finalmente fue publicado en otro texto y pude encontrarse en: Camilo Torres, “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”, *Memoria del Primer Congreso Nacional de Sociología* (Bogotá: Asociación Colombiana de Sociología, 1963) 95-152.

27. Para un recuento sobre el intento mediador de estos intelectuales véase: Gustavo Pérez, *Camilo Torres Restrepo. Profeta para nuestro tiempo* (Bogotá: Indo-American Press Service, 1996) 159-161; Fernando Garavito, *Eduardo Umaña Luna: un hombre, una vida, una país* (Bogotá: Panamericana Editorial, 2001) 86-89.
28. Calibán, “Danza de las horas”, *El Tiempo* [Bogotá] 26 abr. 1964: 4c; “Negado permiso a sacerdotes para ir a Marquetalia. Por medio de la comunicación del Cardenal al Ministro de Guerra”, *El Tiempo* [Bogotá] 1 may. 1964: 1.

población colombiana. Cualquier tipo de acción que se proponga para la reincorporación de estas áreas a la vida normal del país, lejos de ser represivas, deben partir de la elemental defensa de los Derechos Humanos, dando prelación al plan que vaya a la raíz económica y social del fenómeno.²⁹

[390]

El 18 de mayo de 1964, a dos semanas de haber salido ese comunicado, la región de Marquetalia fue bombardeada por 16.000 efectivos del ejército, para lo cual incluso se utilizaron bombas de napal.³⁰ Esta feroz entrada de los militares llegó a presionar un repliegue de los campesinos hacia la selva, que los llevaría posteriormente a conformar las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). A partir de este momento, mientras la historia del conflicto colombiano entraba en otra fase, la primera etapa de la trayectoria intelectual de Fals Borda quedaba concluida. En adelante sus trabajos seguirían centrados en el estudio de los procesos de cambios colectivos, pero no ya desde la perspectiva estructural-funcionalista, más preocupada por la regulación social y el equilibrio de las estructuras. Su mirada se iría desplazando poco a poco hacia teorías críticas relacionadas con el estudio del conflicto. Por lo demás, este es un enfoque que se insinuaba ya en la interpretación que trajo el estudio sobre la violencia.

El intelectual *disórgano*

Desde la aparición de *La violencia en Colombia* hasta finales de los años sesenta, Fals Borda realizó algunos virajes ideológicos que lo fueron transformando políticamente en un intelectual radical. (Aquí entendemos por radical una orientación política que defiende una democratización profunda de la sociedad y del poder, sin salirse de los marcos del liberalismo democrático que hunde sus raíces en la Revolución Francesa y en las ideas de la Ilustración; este liberalismo está enlazado en Colombia con la tradición radical del siglo XIX). Además de sus propias experiencias personales, que fueron motivando sus transformaciones políticas y académicas, en ello también tuvieron mucho que ver los cambios sucedidos en el devenir histó-

29. “Queda suspendida la Misión a Marquetalia por desautorización del Cardenal”, *El Espectador* [Bogotá] 3 may. 1964: 1 y 8.

30. Álvaro García, “Cómo se adelantó la operación Marquetalia”, *El Espectador* [Bogotá] 16 jun. 1964: 1 y 2; “Operación final en Marquetalia. Tiro Fijo sigue huyendo”, *El Espectador* [Bogotá] 16 jun. 1964: 1 y 2.

rico del país. A mediados de los años sesenta, en Colombia se profundizó un nuevo periodo de crisis social e institucional que se vio reflejado en un auge de las movilizaciones populares y en el surgimiento de guerrillas. Tal vez el síntoma más elocuente de lo que sucedía lo ofrezca el ingreso del sacerdote Camilo Torres Restrepo a las filas del Ejército de Liberación Nacional, cayendo muerto en combate en una vereda del departamento de Santander, en 1966.

Este periodo cubre también el momento de la gran desilusión de amplios sectores democráticos ante las promesas reformistas que había proclamado el primer gobierno del Frente Nacional. La democracia excluyente, jerárquica y en gran medida autoritaria que terminó estableciendo el régimen frentenacionalista había generado frustraciones en diversos segmentos de la sociedad; en particular, entre los provenientes de las clases populares y sectores de la pequeña burguesía de la que provenía el propio Fals.³¹ En ese contexto, importantes grupos intelectuales fueron deslizándose políticamente hacia posiciones contestatarias. Así, el viraje radical de Camilo Torres es expresivo en ese sentido; pero no solo el de él. Personajes como Fals Borda, Estanislao Zuleta, Eduardo Umaña, Mario Arrubla y Germán Guzmán, y tal vez por el propio ejemplo de la voluntad insurreccional de Torres, iniciarían una revuelta ideológica que los conduciría hacia posiciones intelectuales radicales. Además de amplios grupos de las nuevas generaciones de estudiantes universitarios, dentro de esas posiciones también se hallaban reconocidos intelectuales de izquierda como Antonio García, Diego Montaña Cuéllar, Gerardo Molina, Jorge Zalamea, por citar los más renombrados.

Al año de la muerte de Torres Restrepo, en 1967, Fals Borda publicó un libro en su memoria: *La subversión en Colombia*, investigación que dejaba apreciar el surgimiento de un segundo periodo en su pensamiento.³² Dicho

[391]

31. La noción de “democracia excluyente” la hemos tomado de: Daniel Pécaut, *Crónica de dos décadas de política colombiana, 1968-1988* (Bogotá: Siglo XXI, 1989) 21.

32. La dedicatoria del libro a Camilo Torres no debe entenderse solo como una demostración sentimental de afecto hacia un amigo. En realidad, lo que expresa tal homenaje es un cambio de postura ideológica por parte del autor. Esto es aún más evidente si tenemos en cuenta que la primera edición de *La Subversión en Colombia* también estuvo dedicada a Otto Morales Benítez, un intelectual que no pasó de cierto liberalismo demagógico. En la segunda edición del libro, el nombre de Morales Benítez fue suprimido, quedando solo el de Camilo Torres, haciéndose explícito así el viraje radical de Fals Borda al expresar

[392]

texto tuvo una rápida reedición en 1968 bajo el título de *Subversión y cambio social*, en la que el autor reelaboró algunas de las interpretaciones políticas que había defendido en la primera edición.³³ La necesidad de reeditar el libro a tan solo pocos meses de su primera publicación puede entenderse como un síntoma del acelerado proceso de radicalización intelectual del momento, que exigía obras de carácter más crítico o, si se quiere, de denuncia social. A su vez, tales rectificaciones políticas indican los ritmos personales de la revuelta ideológica del propio Fals, que lograron acelerarse tras el impacto moral que recibió con motivo del asesinato de Camilo Torres.

Pero, ¿qué era exactamente lo que había cambiado en esa segunda edición, si al fin y al cabo las tesis y las evidencias empíricas del libro seguían siendo las mismas? Hay que decir, en primera instancia, que el texto fue muy mal recibido por su densa redacción. Escrito con “una terminología oscura y pretenciosa”, según un comentarista extranjero, o con una “malla terminológica de un esoterismo a veces chocante”, según otro colombiano.³⁴ Fals Borda reconoció enseguida que el apremio con el que había realizado la investigación lo llevó a redactar un libro cuya forma literaria era en verdad ladrillada, pesada y a veces incoherente. Eso sería algo que intentaría cambiar en la segunda edición, sin mucho éxito por cierto, pero que en todo caso le sirvió de experiencia, pues en lo sucesivo mostraría una enorme preocupación por escribir textos con un vocabulario más simple y directo.

En rigor, lo que había cambiado sustancialmente en la segunda edición era la esperanza que Fals guardó hasta 1967 en un sector de la élite reformista

cierta afinidad política con Torres. Refiriéndose a la transición ideológica que muestran los contenidos de ambas ediciones, el propio autor reconocía: “Mi primer libro sobre la subversión es un caso claro de ambigüedad (...). Fue escrito antes de haberme ubicado socialmente, lo que produjo un desenfoque al identificar grupos claves. Este efecto he intentado corregirlo en posteriores ediciones”. Ver: Orlando Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1981) 59.

33. El libro también aparecería publicado en inglés, con los arreglos de la segunda edición del castellano, ver: *Subversion and Social Change in Colombia* (New York: Columbia University Press, 1969).
34. Véase: Stanislav Andreski, *Social Scinces as Sorcery* (Londres, André Deutsch Ltd., 1972) 93; Jorge Eliécer Ruiz, “Reseña: Las dificultades del compromiso”, *Eco* 15.85-86 (may.-jun., 1967): 202-207. También véase: Frank Safford, “Subversion and Social Change in Colombia”, *Political Science Quarterly* 86.4 (1971): 721-723; A. Eugene Havens, “La subversión en Colombia: visión del cambio social en la historia”, *American Sociological Review* 33.2 (1968): 312-313.

colombiana, a la que consideraba defensora de principios democráticos y dispuesta a ejecutar los cambios que requería la sociedad. “Pero los acontecimientos señalaban rumbos distintos”, afirmaba en el prólogo de la segunda edición, al estrellarse con la evidencia de que esa élite liberal actuaba en contradicción de los principios democráticos de los que se afirmaba portadora. Por eso, revolcándose de rabia, Fals Borda diría a reglón seguido:

Durante el curso del año de 1967 se empezó a advertir que la temida posibilidad de que la entrega claudicante de las antiélites mencionadas³⁵ (que no de todas las masas que le habían seguido), podía tener lugar. En efecto, incapaces de llevar a su plena realización lo que voceaban —y sujetos a señuelos y prebendas difíciles de resistir— los ‘grupos renovantes’ de los partidos tradicionales (con alguna honrosa excepción) decidieron dar una humillante marcha atrás en su corta rebelión. Pronto perdieron efectividad como grupos claves del impulso hacia el nuevo orden social que decían buscar, y se dejaron sorber por los caudillos y gamonales antiguos, dejando un vacío político en el país.³⁶

[393]

Semejante irritación puede leerse como expresión del sentimiento de frustración que cundiría entre amplios sectores intelectuales y del estudiantado en general, durante el Frente Nacional. Obras como las de Diego Montaña Cuellar, *Colombia: país formal y país real* (1962); de Mario Arrubla, *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* (1963); de Jorge Villegas *Petróleo, Oligarquía e imperio* (1968); de Fals Borda *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1970) o la de Fernando Guillén Martínez *El poder político en Colombia* (1973) estarían todas imbuidas dentro del mismo espíritu de desilusión democrática que cruzaba como un hilo rojo a *Subversión y cambio social*. Simplificando los contenidos de todos estos libros, podría decirse que sus interpretaciones estaban orientadas por una conciencia nacionalista y antiimperialista. Y por la idea de que la élite colombiana había demostrado ser incapaz de vivir a la altura de los ideales de la democracia liberal.

35. Aquí se refiere a las organizaciones políticas formadas por sectores de la burguesía liberal que se habían declarado democráticos y revolucionarios, como, por ejemplo, el Movimiento Revolucionario Liberal, dirigido por López Michelsen; o, el Grupo de La Ceja, que decía pretender convertir al Partido Liberal en una agrupación de izquierda, encabezada por Fabio Lozano Simonelli.

36. Orlando Fals Borda, *Subversión y cambio social. Edición revisada, ampliada y puesta al día de La subversión en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo, 1968) XIV.

[394]

Argumentaban, además, que lo anterior era así por los compromisos que la burguesía sostenía con el poder latifundista y por la situación de dependencia neocolonial en la que se hallaba el país dentro del orden económico internacional. Estas ideas eran, quizá, el axioma de los científicos sociales radicales de la época. Esto último no solo se aplica a Colombia, sino también al resto de América Latina; recuérdese que este es el periodo en que tendría auge la teoría de la dependencia.

Por aquello de las modas, obras como las antes mencionadas pasaron a los anaqueles de los libros raros y curiosos. Sin embargo, durante los años setenta fueron textos muy leídos, que hicieron parte de una interpretación alternativa de la sociedad. Se trataba de una interpretación contrahegemónica, algo pesimista, es cierto, pero que competía de modo eficaz con la historia oficial imperante en la época. Aunque por su farragoso estilo, *Subversión y cambio social* no tuvo una afortunada recepción, a diferencia de *Ciencia propia y colonialismo intelectual* que llegó a ser todo un *best seller*. Puede decirse que en su conjunto toda esa literatura influyó en la renovación de las ideas de izquierda en Colombia. Piénsese nada más, por poner un caso extremo, que el *Estudio sobre el subdesarrollo colombiano* de Mario Arrubla contó con más de cien mil ejemplares, y eso solo enumerando los editados legalmente, sin las versiones piratas.³⁷ En consecuencia, debe entenderse que la difusión que este tipo de textos llegó a tener entre el público intelectual, universitario y aún entre los profesores de bachillerato, permitió una circulación de ideas que contribuyó a formar un sentido común sobre el carácter antidemocrático de la sociedad colombiana.

Pese a no ser el libro de mayor impacto, visto en retrospectiva, *Subversión y cambio social* fue uno de los textos que mejor expresó el sentimiento de frustración que se apoderó de la generación intelectual a la que pertenecía Fals Borda. En su libro, el sociólogo afirmaba que la razón que lo motivó a escribirlo era la de tratar de entender el sentido de las sucesivas frustraciones del destino histórico del pueblo colombiano y el papel que en ellas han jugado —y juegan— las diversas generaciones. Y agregaba:

37. Además de los libros producidos por autores colombianos, también esta fue la época en que empezaron a difundirse con mayor vigor obras de marxismo y de sus divulgadores, sobre ese asunto y acerca de los libros de izquierda de mayor circulación, ver: Juan Guillermo Gómez García, *Cultura intelectual de resistencia* (Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2005) 143-176.

Así, en mi caso, debía preguntarme, cuál es o debe ser la función de la generación de 'la Violencia', aquella nacida entre 1925 y 1957 (...), especialmente la del grupo que llegó a la adolescencia hacia 1948 y que sufrió en carne propia el desastre nacional por todos recordado. ¿Qué se espera de ella en la presente coyuntura histórica? Camilo Torres Restrepo, portavoz de esa promoción nacional, había muerto hacía poco: el sentido de su vida rebelde y el ejemplo de su muerte desafiante dramatizaban la urgencia del estudio que desde entonces me proponía.³⁸

[395]

Un resumen de las ideas contenidas en *Subversión y cambio social* puede servir de índice sobre el sentido de la frustración democrática del momento, además de informar acerca de las ideas que el autor se venía haciendo del proceso histórico colombiano. Fals Borda propone el vocablo *subversión* como concepto sociológico, definido de manera positiva, como una situación que revela la contradicción de un orden social, en los momentos en que nuevas utopías de cambio social entran a chocar con los elementos tradicionales del orden dominante. Así, además de entenderse la *subversión* como un derecho de los pueblos para luchar por su libertad y autonomía, se entiende también como un periodo de transición que puede traer consigo cambios, desarrollos o revoluciones, dependiendo del compromiso y constancia de los elementos subvertores

Tales elementos subvertores serían todos los que se oponen a las instituciones tradicionales, entre ellos los agentes *disórganos* definidos como el conjunto de sujetos sociales insurgentes: intelectuales, políticos, anitélites, partidos revolucionarios, guerrillas, sindicatos, campesinos, estudiantes, entre otros, que pueden mantener un accionar rebelde encaminado a cambiar el orden tradicional. Sin embargo, existirían también procesos de captación (cooptación) en los que los agentes *disórganos* podrían ser asimilados por los grupos dominantes tradicionales. En su opinión, los más propensos a la captación serían las antiélites, que mostrarían una tendencia a institucionalizarse a través de prerrogativas y cosas parecidas brindadas por las élites del viejo orden. Así, pues, este fenómeno de captación podría llegar a debilitar la subversión hasta terminar por frustrarla en su intento revolucionario, pero no de cambio social, ya que en todo caso este último llegaría a darse en virtud de la presión social que ejercería la compulsión subversiva.

38. Fals Borda, *Subversión* XIII.

[396]

Según Fals Borda, en la historia colombiana habrían existido cuatro periodos de subversión que a su vez produjeron órdenes sociales distintos. A saber: la subversión misional y de conquista cristiana (siglo XVI), la subversión liberal (siglo XIX), la subversión socialista (años veinte del siglo XX) y la subversión del neosocialismo pluralista (en proceso desde los años sesenta del siglo XX). Encuentra el autor que las primeras tres subversiones terminaron desviando las metas de sus utopías a través de los mecanismos de captación y represión de las élites tradicionales. De tal suerte que la historia de Colombia estaría cruzada por una larga sucesión de frustraciones que habrían dejado hacia finales de los años cincuenta un orden social burgués de tipo oligárquico. A este sistema social, formalizado en el Frente Nacional, lo habría entrado a confrontar la cuarta subversión: la contenida en la utopía del nuevo socialismo pluralista, cuyo disórgano modélico sería Camilo Torres Restrepo.

A pesar de que esta filosofía de la historia entiende el pasado colombiano como un rosario de frustraciones, llega a introducir en su modelo interpretativo un enfoque que rompe con cualquier pesimismo inmovilizador. Fals Borda, como le gustaba a Mariátegui, empezaba a asumir su vida intelectual de manera peligrosa. Sin miedo al equivoco que podría implicar, explícitamente sostiene que utiliza un enfoque teleológico. En efecto, valiéndose del estudio histórico que expone en la primera parte del libro, al final intenta proyectar esos elementos del pasado hacia el futuro, buscando analíticamente anticiparse a los hechos del porvenir. Defiende que las metas utópicas contenidas en la subversión del neo-socialismo pluralista podrían descomponer el orden del Frente Nacional hasta llevar a la sociedad colombiana a un quinto orden, la del neo-socialismo revolucionario.

No obstante, lo anterior estaría condicionado por múltiples variables y factores que de no ser superados podrían llevar a una nueva frustración. Fals sostiene que luego de promediar los años sesenta no habrían aparecido nuevas antiélites con un verdadero compromiso revolucionario. Decepcionado ante ese panorama, su mirada se dirige entonces hacia el poder transformador de las clases subalternas: “El análisis social e histórico —afirma— tiende a demostrar que solo los movimientos genuinamente populares pueden garantizar cambios significativos en Colombia”. Para luego terminar concluyendo: “algo inusitado podrá ocurrir: que a falta de otro liderazgo, el pueblo mismo produzca espontáneamente sus propios dirigentes. La creación de esta ‘antiélite popular’ sería uno de los actos más decisivos de la

subversión neo-socialista”.³⁹ Es posible deducir que el autor comprendía que la constitución de una democracia fuerte y profunda en Colombia necesariamente debía pasar por una revolución desde abajo. Los sucesos en que Fals participaría en los años siguientes no dejan incertidumbre al respecto. Sus prácticas sociales, su articulación vigorosa a los movimientos populares y campesino desde principios de los años setenta y, en general, sus virajes teóricos y metodológicos dejarían apreciarlo como un intelectual disidente o *intelectual disórgano*, para decirlo en sus propios términos.

[397]

Ahora bien, si volvemos la mirada un poco atrás, podríamos observar hechos que indican dentro de que circunstancias se dio en la práctica este viraje radical de Fals Borda. En abril de 1966, a un mes de la muerte de Camilo Torres, Fals Borda utilizó el recurso de una comisión de estudios para alejarse por un tiempo prudencial de la Universidad Nacional. Al parecer, tal decisión vino motivada por la resiente desaparición de Camilo, que lo afectó emocionalmente hasta conducirlo a un proceso de reflexión interna que, como ya vimos, se tradujo en la escritura de *La Subversión*.

El libro lo había elaborado paralelamente a las clases que impartía en la Universidad de Wisconsin y Columbia, en Estados Unidos, y al tiempo que ayudaba a coordinar la recién fundada *Revista Latinoamericana de Sociología*, cuya sede estaba en Buenos Aires. La revista había sido creada en 1965 y en su comité coordinador también participaban figuras como Gino Germani, Torcuato Di Tella, Luis A. Costa Pinto, Aldo Solari, Pablo González Casanova, José Medina Echeverría, Eliseo Verón, entre otros personajes que hacían parte de las figuras más descollantes de la moderna sociología latinoamericana. La concentración de tales intelectuales en un órgano como este obedecía al intento de afianzar a escala latinoamericana la sociología como disciplina especializada, algo que se venía haciendo en Colombia como en otros países de la región, principalmente desde Chile con la fundación de la Flacso desde 1957. Asimismo, cabe anotar que la participación de Fals Borda en la revista, así como su constancia en la organización de los congresos latinoamericanos de sociología, lo dejan apreciar, desde ya, como el científico social colombiano que más diálogo tenía con comunidades académicas extranjeras.

Estando en esas actividades, pues, fueron transcurriendo los meses y lo que en principio fue una salida temporal de la Universidad Nacional se prolongó más y más. En 1967, Fals Borda regresó al país a presidir la orga-

39. Fals Borda, *Subversión* 166.

[398]

nización del II Congreso Nacional de Sociología, pero sin reincorporarse a la Nacional. Para esa época el ambiente político de la universidad le era adverso, pues los estudiantes más inconformes de la carrera de sociología lo señalaban como un agente del imperialismo estadounidense (yanqui, para ser más exactos). Por las consecuencias que traería este choque entre la orientación científica renovadora que lideraba Fals Borda y las ideas que empezaron a embozar sus críticos vale la pena detenerse un poco en este asunto.

Durante la rectoría de José Félix Patiño (1964-1966), en la Universidad Nacional se efectuó una reforma académica y administrativa orientada por parámetros del modelo universitario estadounidense. En términos generales, la “Reforma Patiño” centralizó los servicios administrativos, integró algunas facultades, impulsó un enfoque investigativo, semestralizó las carreras y convirtió los Departamentos en unidades académicas básicas. Aunque esta reorganización contó con el apoyo entusiasta de amplios sectores estudiantiles, no dejó de ser criticada por otros sectores del mismo estudiantado, quienes vieron la reforma como una intromisión del imperialismo en la educación del país y como una forma de limitar la expansión del sistema universitario público a favor del privado.⁴⁰

Para los sectores más inconformes del estudiantado, la “Reforma Patiño” obedecía a una estrategia de penetración cultural estadounidense en Colombia. Lo cual no deja de parecer infundado si nos colocamos en el lugar de un estudiante de la época, ya que dicha reforma se nutría de muchos de los lineamientos propuestos en 1962 en un seminario de rectores universitarios en El Paso, Texas, donde se delinearón algunas políticas orientadas a modernizar las universidades colombianas, con el asesoramiento y apoyo económico estadounidense, y el enfoque desarrollista que ese país impulsaba. Además, existía el antecedente del llamado *Informe Atcon*, escrito por un funcionario estadounidense en 1961, siguiendo uno de los enfoques más conservadores del estructural-funcionalismo. El objetivo de ese informe era el de sentar las bases para integrar el sistema educativo de América Latina dentro del proyecto desarrollista, promovido con la Alianza para el Progreso.⁴¹

40. Mónica Zuleta y Alejandro Sánchez, “La batalla por el pensamiento propio en Colombia”, *Nómadas* 27 (2007): 131-135; Manuel Ruiz Montealegre, *Sueños y realidades, proceso de organización estudiantil 1954-1966* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002) 165-168.

41. El *Informe Atcon* partía de una experiencia de asesoramiento del autor en las reformas universitarias llevadas a cabo en Brasil, Chile y Honduras. En

Además de lo anterior, a partir de 1965 estudiantes universitarios de diversos países sudamericanos iniciaron una campaña de denuncia, con pruebas sólidas sobre la existencia de un proyecto de inteligencia a cargo de la CIA en las universidades de la región: se trataba del *Plan Camelot*. Hoy se sabe que este había sido elaborado desde el Pentágono con el objetivo de estudiar las causas que motivaban la subversión en Latinoamérica. Financiado con más de cinco millones de dólares, el *Plan Camelot* contaba con la participación de científicos sociales estadounidenses y con la colaboración de otros latinoamericanos.⁴² Según el sociólogo Gabriel Restrepo, llegó a saberse que directores del *Camelot* “buscaron contactos con profesores de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, aunque esta rehuyó participar. El plan asumió entre nosotros el nombre de ‘Simpático’, y se realizó a pesar del retiro de nueve de sus colaboradores criollos”.⁴³ Situaciones como estas, unidas a la guerra de Vietnam, o a las invasiones de Estados Unidos en Bahía de Cochinos en Cuba (1961) y a República Dominicana (1965), contribuyeron a engendrar una fuerte mentalidad antiimperialista entre los estudiantes más politizados.

[399]

El grado de exasperación antiimperialista de los estudiantes, en los predios de la Universidad Nacional, tuvo una de sus máximas expresiones el 24 de octubre de 1964. En esa fecha, el presidente Carlos Lleras Restrepo visitó la Universidad en compañía de John D. Rockefeller III. Ambas figuras llegaban para inaugurar un laboratorio de estudios veterinarios que había sido donado por la Alianza para el Progreso y la Fundación Rockefeller. Según informó la prensa, al descender Lleras Restrepo y el millonario norteamericano del *Chrysler* presidencial, estudiantes emboscados en árboles y edificaciones empezaron a lanzarles piedras, cáscaras de naranja, hue-

Latinoamérica fue publicado por primera vez en 1961 y tuvo repercusiones en otras reformas realizadas en otros países de la región en la década de los sesenta. Tal escrito fue divulgado en Colombia en: Rudolph Atcon, “La universidad latinoamericana: clave para un enfoque conjunto del desarrollo coordinado social, económico y educativo en América Latina”, *Eco* 7.1-3 (may.-jul. 1963): 4-169. Un análisis del *Informe Atcon* puede encontrarse en: Zuleta y Sánchez 131-135; también: Ivon Lebot, *Educación e ideología en Colombia* (Medellín: La Carreta, 1979) 124-160.

42. Un análisis detallado del *Plan Camelot*, con fuentes primarias anexas, puede hallarse en: Rolando Franco, *La Flacso clásica (1957-1973). Vicisitudes de las Ciencias Sociales latinoamericanas* (Santiago de Chile: Catalonia, 2007) 77-84.
43. Restrepo Forero, “El Departamento...” 99.

[400]

vos y tomates, aparte de gritos de ‘¡abajos!’ contra el Frente Nacional y el “imperialismo yanqui”. Aunque milagrosamente la lluvia de piedras que cayó sobre el automóvil no golpeó a los visitantes, de inmediato la Ciudad Universitaria fue militarizada y decenas de estudiantes encarcelados. Enfurecido, el “chiquito Lleras”, como le decían los estudiantes al presidente de la República, vociferó ante los medios de comunicación que ahora sí se iban a “acabar las guachafitas” en la universidad.⁴⁴

Y, ciertamente, este acontecimiento marcaría una ruptura de los canales de comunicación entre los estudiantes y el Estado. En adelante, nunca más un presidente colombiano volvería a poner un pie en los predios de la Ciudad Universitaria y las acciones encaminadas a aplastar el movimiento estudiantil serían una constante del gobierno de Lleras Restrepo. El año de 1966 marcaría así el inicio del desbarajuste del movimiento estudiantil. Proceso que se dio a través de la limitación del presupuesto a las universidades públicas y por medio de la represión directa contra el estudiantado. En 1967, por ejemplo, estando aún militarizada la Universidad Nacional, fue expulsada del país la profesora Marta Traba, crítica de arte de origen Argentino, que se había pronunciado públicamente contra las medidas represivas del gobierno. Se daba así el fenómeno siguiente: a medida que se estrechaban las posibilidades de participación democrática, la politización estudiantil iba en aumento. A su vez, este fenómeno de cierre de los espacios de participación contribuyó a que muchos universitarios apoyaran la lucha armada y a que proliferaran múltiples grupos con ideologías revolucionarias. Obligados a lanzarse a la lucha guerrillera o a exiliarse dentro de los espacios universitarios debido a la limitación de los espacios de participación, tales grupos tendieron a escindirse en diminutas sectas políticas que se combatían mutuamente, por considerarse cada una portadora de la verdad revolucionaria.⁴⁵

Partiendo de lo dicho, ahora es posible explicar la hostilidad estudiantil que se dirigió contra Fals Borda luego de promediar la década de los sesenta. La formación que Fals había recibido en Estados Unidos, la financiación que consiguió a través de fundaciones como la Ford y Rockefeller para proyectos de la Facultad de Sociología, sus investigaciones basadas

44. Para un recuento de lo acontecido durante la visita de Lleras y Rockefeller ver: Iader Giraldo, “Itinerario del Motín del viernes”, *El Espectador* [Bogotá] 25 oct. 1966: 1 y 10C.

45. Francisco Leal Buitrago, “La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil 1958-1967”, *Desarrollo y Sociedad* 6 (1981): 312-325.

en el estructural-funcionalismo, los vínculos que sostuvo con el primer gobierno del Frente Nacional e incluso su fe religiosa protestante hicieron que personificara muchos de los elementos imperialistas que los estudiantes más críticos combatían. Fals simbolizaba lo Falso. Puede decirse que era percibido como un individuo sospechoso ante los ojos de un estudiantado particularmente hipercrítico en las carreras de ciencias sociales de la época.⁴⁶

Lo que lleva a afirmar que la celeridad con que habían sucedido cambios en la sociedad, en general, y en las ideas políticas entre los estudiantes en particular, presentaron una especie de prematuro choque generacional en el que las innovaciones intelectuales que Fals Borda había emprendido, de un momento a otro comenzaron a parecer reaccionarias.

Por lo demás, no es exagerado atribuir la poca aceptación que tuvo el libro sobre la subversión al rechazo personal que a la sazón se dirigía contra el autor. Como insinuamos, en ese estudio Fals ya había dejado atrás el modelo estructural-funcionalista; es decir, a aquél enfoque que suponía al principio una sociedad tradicional, que luego pasaba por una etapa de desequilibrio, para después llegar a través de cambios inducidos desde arriba a un estadio de modernización capitalista. Esto ya había sido puesto patas arriba por el autor de *La Subversión*. Fals estaba identificado ahora con enfoques interpretativos que buscaban explicar el conflicto social: ahora entendía la sociedad como un sistema en el que se advertía la existencia de fuerzas que interactuaban en disputa por el poder, unas por conservar un orden existente y otras por imponer algo nuevo. Es verdad que el libro no seguía ninguna escuela en particular, en realidad Fals Borda no llegaría a caracterizarse por ser epígono de nadie. Desde muy temprano había demostrado que una de sus características intelectuales sería precisamente la heterodoxia con que manejaba las teorías. Justamente esa actitud intelectual ayudaría a explicar, por un lado, su capacidad para formular nuevos conceptos y, por otro, la desconfianza que podía generar en una época de grandes dogmatismos.

Sea como sea, lo cierto era que Fals estaba renovando sus lecturas y las interpretaciones que tenía sobre la sociedad. Aunque seguía haciendo uso de los sociólogos con los que se había formado (Robert Merton, Talcott Parsons, Charles Cooley, entre otros), ahora también empezaba a leer o profundizar en la lectura de obras de Pitrin Sorokin, Marx, Weber, Mannheim, Mariátegui, Wright Mills, los autores que desarrollan la teoría de la dependencia e, incluso, al anarquista Gustav Landauer. Sin embargo, esa autorenovación

[401]

46. Sobre el movimiento estudiantil véase: Lebot 75-210; Ruiz 189-212.

[402]

intelectual parecía no ser apreciada por muchos de sus contradictores, pues, dentro de la mentalidad maniquea de la época, simplemente se le señalaba como un enemigo malo, promotor del imperialismo yanqui en Colombia. En 1968, en lo que ha podido influir la hostilidad que se cernía contra él, tomó la decisión de coger sus maletas y marcharse a Suiza para desempeñar el cargo de director del área de estudios del Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, UNRISD. Entretanto, en el entonces Departamento de Sociología cobró fuerza un movimiento estudiantil y de profesores liderado por Darío Mesa y Hésper Pérez.⁴⁷ Estos denunciaban la educación técnica y empirista que recibían los estudiantes, la abundancia de profesores extranjeros, la dependencia financiera de las investigaciones a entidades norteamericanas y la baja calidad de un programa que, según se decía, en vez de formar verdaderos científicos sociales los hacía auxiliares de expertos internacionales.⁴⁸

Lo que en su momento fue llamado un “Frente Unido” de estudiantes y profesores terminó impugnando el plan de estudios de los fundadores de la antigua Facultad de Sociología. En 1968, con el rechazo de la financiación de entidades norteamericanas, el programa de postgrado (Pledes) dejó de existir, y al año siguiente empezó a funcionar un nuevo plan académico en el pregrado. Tales reformas académicas estuvieron orientadas por Darío Mesa, quien definió el nuevo plan curricular como nacional, político y científico: “Esto quiere decir —afirmaba Mesa— que en toda su actividad ha de fundamentarse en la búsqueda de las leyes o regularidades o tipos o estructuras de la realidad a fin de examinarla, describirla y explicarla y, si resultare necesario, formular una política para transformarla”.⁴⁹ Vale

47. De acuerdo con la política académica de la ‘Reforma Patiño’, la Facultad de Sociología dejó de existir para convertirse desde 1966 en un Departamento integrado a la nueva Facultad de Ciencias Humanas, de la que también hicieron parte los Departamentos de Educación, Filosofía, Psicología, Historia, Filología, Geografía, Antropología, Economía, Administración y Trabajo Social. Ver: Acuerdo n.º 40 de 1966 del Consejo Superior Universitario de la Universidad Nacional de Colombia. Para un estudio de todo ese proceso de reforma, ver: Carrillo 13-51.

48. Ver: “Neocolonialismo y Sociología en Colombia: un intento de respuesta”, 1968, (ponencia presentada por el cuerpo de profesores del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia al IX Congreso Latinoamericano de Sociología), AFCH, Bogotá.

49. Darío Mesa, “Sugestiones para discutir sobre el Departamento de Sociología”, 1968, AFCH, Bogotá.

decir que tanto el antiguo plan de estudios como este nuevo respondían a las circunstancias intelectuales de las ciencias sociales latinoamericanas en las etapas en que fueron concebidos. El primero tuvo la influencia de la sociología estructural-funcionalista y empirista norteamericana, sin duda vanguardista en los años cincuenta; y el segundo, la de los grandes teóricos europeos del siglo XIX, Marx, Weber, Durkheim, etcétera.

Quizás el problema más grave de esta reforma académica estribó en el carácter dogmático con que se efectuó. Dado que políticamente surgió como una respuesta antiimperialista a la manera como se había institucionalizado la sociología, los reformadores tendieron a rechazar, de forma intransigente, las experiencias precedentes. De tal suerte que las financiaciones, los investigadores o profesores provenientes de Estados Unidos fueron repudiados por considerárseles contaminados por lo que se consideraba los tentáculos del imperialismo. Incluso, las técnicas de investigación o los estudios de carácter empírico de origen estadounidense fueron duramente desaprobados al ser asimilados con herramientas de control social. Para poner un ejemplo, en 1971, un profesor del Departamento de Sociología afirmaba que el nuevo programa era “antiimperialista” por el “triunfo sobre la presencia de profesores extranjeros, sobre la ingerencia exterior directa, sobre un método que convertía al sociólogo de acá en un simple operario de programas forjados e impuestos desde arriba”.⁵⁰ Del mismo modo, en una evolución académica que al parecer fue realizada por una comisión de estudiantes se decía:

[403]

El actual programa del Departamento surge como respuesta y rechazo al carácter empirista ecléctico y de servicio directo a intereses norteamericanos del antiguo programa impuesto por Fals Borda y la Fundación Ford y que se orientaba a la sociología rural, desarrollando las políticas de “reforma agraria” y demás políticas trazadas en el Plan Simpático para la América Latina, como respuesta preventiva a las enseñanzas legadas por el triunfo de la revolución cubana, a los pueblos latinoamericanos; sin profundizar en las diferentes teorías sociológicas limitándose al plan de las técnicas investigativas y utilizando profesores norteamericanos en alta proporción.⁵¹

50. Carlos Uribe, “Contribución al Tercer Foro sobre el Programa de Sociología”, 1971, AFCH, Bogotá.

51. La Comisión, “Informe de la Comisión del Programa Académico de la Carrera de Sociología”, 1975, AFCH, Bogotá.

[404]

Vistas las cosas bajo la luz del presente, esas críticas resultarían exageradas, pero, insistimos, no del todo infundadas, pues hay que tener en cuenta la histeria colectiva que contribuyó a generar el intervencionismo estadounidense con sus políticas de Guerra Fría. En todo caso, no deja de ser curioso, por decir lo menos, que quienes rechazaban la orientación que Fals Borda le había dado a la sociología en Colombia, con el argumento de que los métodos, técnicas y teorías que promovía servían para el control estadounidense en la región, no pensarán que esos mismos enfoques fueran útiles para investigar la sociedad desde su propio punto de vista. Tal como decía Jean-Paul Sartre en 1960, a propósito del enfoque sociológico norteamericano: “Si es un arma eficaz —y ha probado que lo es—, es que de alguna manera es verdadero; y si está ‘en manos de los capitalistas’, es una razón de más para arrancársela y para volverla contra ellos”.⁵² Pero la intransigencia intelectual en que se andaba llevaba implícitamente a suponer que ese enfoque científico era solamente útil para los estadounidenses y sus agentes de penetración en cada uno de los países latinoamericanos. La verdad es que la crítica antiimperialista pasaba por alto el hecho de que cuando se escogió la orientación sociológica con la que nació la Facultad las alternativas políticas eran muy diferentes a las que luego se dieron, en especial tras el viraje socialista de la Revolución Cubana.

Como quiera que sea, la antigua Facultad de Sociología había conseguido en menos de una década logros que incluso hoy no han sido superados en Colombia. Consiguió legitimar a la sociología como disciplina científica; estableció los estudios de campo, las técnicas y los métodos de investigación; incorporó de manera rigurosa la teoría en el análisis social; defendió la libertad de cátedra, la independencia y la imparcialidad académica; promovió las investigaciones a través de entes creados para ese fin; hizo de la disciplina en los años sesenta la punta de lanza de las ciencias sociales, ajustándola dentro de los patrones científicos internacionales y logrando, además, difundir sus resultados con tanto éxito que involucró a los sociólogos en debates públicos de alcance nacional y consiguió que los profesionales en sociología tuvieran alguna ingerencia en las políticas estatales, es decir, llevó a la sociología hacia ámbitos extra-universitarios.⁵³ Con todo, y pese a

52. Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, tomo 1 (Buenos Aires: Editorial Losada, 2004) 67.

53. Gonzalo Cataño, *La Sociología en Colombia. Balance crítico* (Bogotá: Plaza & Janés, 1986) 29-37.

que no lo reconociera la crítica, llegaron a promoverse estudios de carácter nacional y se intentó por medio del postgrado (Pledes) absorber los avances del resto de programas de sociología de América Latina, algo que en ese momento solo hacía la Flacso.

Finalmente, esta batalla fue ganada por el grupo de profesores y estudiantes que impugnaban el programa de sociología que Fals Borda había organizado. De tal suerte que el que puede ser hoy considerado el fundador de la sociología profesional en Colombia quedaría excluido del principal centro de formación e investigación sociológica del país. Así las cosas, desde finales de los años sesenta la carrera de sociología de la Universidad Nacional entraría en un proceso de debilitamiento, pues al rechazarse la contribución financiera que aportaban las fundaciones estadounidenses sería visible que el sostenimiento académico había sido posible gracias a esas ayudas, ya que el Estado colombiano no aportaba gran cosa en ese sentido, y en adelante lo haría menos, dado que los gobiernos siguientes percibirían a los sociólogos y a los científicos sociales en general como contradictores políticos. Se diría, incluso, que para cualquier gobierno de la década siguiente sociología y socialismo eran una misma cosa.

Mientras tanto, Fals Borda continuaría su obra intelectual y política desde ámbitos extrauniversitarios, convirtiéndose quizá en una especie decano sin decanatura, o mejor dicho, en un decano exiliado de su decanatura, en un decano errante... La situación de exiliado del principal centro sociológico colombiano, por un lado, contribuiría a que Fals Borda hiciera más fuerte su diálogo con intelectuales extranjeros y, por otro, a que se lanzara al trabajo de campo en diversas regiones colombianas, lo que lo llevaría a involucrarse en las movilizaciones campesinas que empezaron a emerger con gran fuerza desde finales de los años sesenta. Llegando de ese modo a tener una práctica de intelectual *disórgano*.

A modo de provocación: una hipótesis

*Al escribir la biografía de un amigo,
hay que hacerlo como si estuvieras vengándole.*

FLAUBERT, CARTA A ERNEST FEYDEAU, 1872.

Han pasado cuatro décadas desde que Fals Borda publicó su libro sobre la *Subversión*. El texto había caído en el olvido, hasta que hace poco fue reeditado por su propio autor, siendo el último acto público que llevó a cabo

[406]

antes de morir. Fals Borda estaba convencido de que hoy más que nunca tenía vigencia la utopía del socialismo pluralista que defendió desde hace cuatro décadas. Sin embargo, durante todo ese tiempo su pensamiento no permaneció inmóvil, en realidad, la edición de 1968 solo indicaba un momento de transición intelectual. Es así que el democratismo radical que expresaba esa edición llegaría a nutrirse después de un profundo anticapitalismo en los años setenta, del cual sería expresiva su *Historia Doble de la Costa*, una zaga de cuatro tomos que sería publicada durante la década de los ochenta, por fuera de la Universidad. Su libro sobre la *Subversión* señalaría una etapa de transición hacia ese anticapitalismo que bien puede ser llamado romántico por los elementos ideológicos que contiene. Es con esta idea que nos gustaría terminar el presente artículo.

En su libro *Revolución y melancolía*, Michael Löwy y Robert Sayre entienden el romanticismo como un movimiento cultural que puede estar presente en todos los campos de las expresiones humanas y no solamente en las artes y la literatura. Afirman que el romanticismo es posible encontrarlo en obras de ciencias sociales, de economía, política, teología, etcétera, por cuanto se trata de una protesta cultural con características especiales, contra la moderna civilización capitalista. De ahí que aunque lo conciben como un movimiento cuyos orígenes pueden remontarse más o menos desde la segunda mitad del siglo XVIII, también lo ven como una expresión que aún continúa desarrollándose, con todo y que pueda ser denominada de diversas maneras.⁵⁴

Según estos autores, el romanticismo consistiría en una vertiente que puede encontrarse junto con otras dimensiones anticapitalistas en las obras de ciertos pensadores. Se trataría de una querrela cultural con una perspectiva de fuertes bases morales y éticas; donde son expresados sentimientos de indignación por las consecuencias negativas que trae consigo la modernización capitalista. Tales querrelas estarían orientadas contra los siguientes aspectos: el racionalismo, el positivismo, el burocratismo, el autoritarismo, el economicismo, la centralización del poder, el evolucionismo y las falsas ilusiones de progreso capitalista. Asimismo, aspectos concomitantes como el cálculo y el máximo beneficio monetario, el individualismo egoísta, el

54. Michael Löwy y Robert Sayre, *Romanticism: Against the Tide of Modernity* (Londres: Duke University Press, 2001) 1-87. La traducción del título original del francés sería la siguiente: *Revolución y melancolía: el romanticismo a contramano de la modernidad*.

intelectualismo y la homogenización de la cultura, también serían elementos atacados por el romanticismo. En definitiva, se trataría de una crítica que privilegia los elementos cualitativos de la vida en contra de los cuantitativos o, lo que es lo mismo, los valores de uso contra los valores de cambio.

El romanticismo, en todo caso, no se ubicaría por fuera de la modernidad, pues es un producto surgido de su seno como una dimensión contrapuesta, antitética. Así, entendida como un fenómeno de la modernidad, la corriente romántica presentaría una colorida multitud de tendencias que para efectos del análisis podrían ser divididas en dos grupos. El primero estaría representado por una fracción conservadora que, reclamando un pasado real o imaginario, pretendería una restauración de la sociedad. De otro lado, estaría el grupo que, partiendo también de una nostalgia por un pasado real o ficticio, presenta una disposición para elaborar utopías colectivistas con el fin de proyectarlas hacia el futuro. Esta segunda corriente en realidad no pretendería un retroceso al pasado, algo que se tiene por imposible, sino que persigue una vuelta por los elementos positivos que hacían parte de la sociedad antes de la llegada del capitalismo, con el propósito de proyectarlos hacia un futuro más democrático, cuando no socialista o anarquista. Esta segunda vertiente es precisamente la que nosotros vemos expresada en la obra intelectual que Fals Borda elaboraría como producto del viraje radical que dio a mediados de los años sesenta y del cual fue producto el libro sobre la *Subversión*.

[407]

Desde finales de los años sesenta las obras de Fals Borda empezarán a estar cruzadas por una vena romántica que lo hacía despreciar todos los compromisos políticos que había tenido en su primera etapa intelectual, cuando actuaba como promotor de ideas desarrollistas y modernizadoras. Que ello era así puede probarlo la interpretación que realizó al contemplar el fracaso de los programas de Acción Comunal y de cooperativismo agrícola en los que estuvo trabajando para el gobierno. Para entender lo anterior debemos retomar el ejemplo con el que iniciamos este artículo. Luego del experimento de Acción Comunal de Saucío, en el año de 1960, Fals Borda promovió la creación de una cooperativa de almacenamiento de papas en esa misma vereda, que luego vería frustrada por la lógica monopolista de unos empresarios que se apropiaron de la idea de los campesinos, construyendo cerca de su vecindario grandes bodegas de almacenamiento del tubérculo. Al respecto, años después, describiría de la siguiente manera el resultado de su experimento cooperativista en Saucío:

[408]

La madre sirve un plato de cuchuco a su hijo. A la primera cucharada, millares de mosquitas se le arremolinan en la boca y sobre el plato, haciéndole competencia. De nada vale espantarlas: se le sube a la nariz, a los ojos, a las orejas, para finalmente enredársele en el pelo. El niño deja decepcionado el plato y sale al patio para tomar, por lo menos, el aire. ¡Peor! Allí lo sacude un tufo podrido, el mismo que desde hace años viene contaminando la que antes fuera una bella y progresista vereda, típica de nuestros Andes: la de Saucío, en Chocontá, a pocos kilómetros de Bogotá. Es el tufo de una pila de 45.000 cargas de papa podrida botada en una casajera y en otras partes no lejos de las casas de los campesinos. En esa pila se crían las mosquitas. Quienes botan esa papa son empleados de una empresa de cuyo casino sale el alcantarillado que ensucia la antigua limpia quebrada, donde ya no se puede ni lavar ni bañarse como antes. Ahora el agua de tomar debe filtrarse y buscarse más lejos porque los invasores la han monopolizado perjudicando a las familias que viven en la parte inferior de la vereda. Por todo eso, ya la papa no es la amiga del pobre en Saucío. De ella y de esas pilas destila el desprecio por el bienestar humano y la sanidad ambiental que ocurre cuando solo de hacer plata se trata, como es el caso de los grandes capitalistas de la agricultura.⁵⁵

Fals Borda escribiría muchos textos con ese mismo tono de desprecio visceral hacía el capitalismo y de aprecio por ese mundo campesino que conoció en su juventud y que luego vería en riesgo de desaparecer. Por eso hasta el final de sus días defendió un rescate de las costumbres de ayuda mutua de la gente del campo, de los indígenas y de las comunidades negras. Las que contraponía al individualismo rapaz de la sociedad capitalista. Desde su propia formación cristiana, humanista y científica, para Fals Borda el capitalismo era un fenómeno inmoral, una especie de maldición diabólica y destructora, que había que hacer retroceder por medio de la defensa de los valores colectivistas autóctonos, o raizales, que también veía en riesgo de desaparición. Es en ese sentido que entendemos el anticapitalismo ro-

55. En una conversación con Orlando Fals pudimos enterarnos de que el artículo de la cita anterior era de su autoría, cosa que no se tenía clara por cuanto la costumbre de la revista de su publicación era de no ofrecer, en ocasiones, el nombre del autor, ver: “Los silos de papa, maldición capitalista en el campo”, en *Alternativa del Pueblo* 25 (1975): 20.

mántico de Fals Borda, no como una posición antimoderna, sino como una invitación de *retorno a la tierra*, a los valores positivos de la comunidad, haciendo de ellos “la levadura que lauda toda la masa”, en la idea de construir una nueva sociedad.

OBRAS CITADAS

[409]

I. Fuentes primarias

Archivos

Archivo Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. (AFCH)

Periódicos y revistas

El Espectador [Bogotá].

El Tiempo Bogotá].

El Siglo [Bogotá].

La Nueva Prensa.

Alternativa del Pueblo.

II. Fuentes secundarias

Libros y artículos

Andreski, Stanislav. *Social Scinces as Sorcery*. Londres: André Deutsch Ltd., 1972.

Atcon, Rudolph. “La universidad latinoamericana: clave para un enfoque conjunto del desarrollo coordinado social, económico y educativo en América Latina”. *Eco* 7.1-3 (may.-jul 1963): 4-169.

Carrillo Guerrero, Daniel. “A manera de introducción. Zonas de negociación en ciencias sociales: La creación de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia (1963-1966)”. *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*. Ed. Mauricio Archila et al. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.

Cataño, Gonzalo. *La Sociología en Colombia. Balance crítico*. Bogotá: Plaza & Janés, 1986.

Cataño, Gonzalo. “Presentación de Orlando Fals Borda”. *Ciencia y compromiso. En torno a la obra de Orlando Fals Borda*. Bogotá: Asociación Colombiana de Sociología, 1987.

Deas, Malcolm. *El poder y la gramática*. Bogotá: Tercer Mundo, 1993.

[410]

- Jaramillo, Jaime Eduardo. “*Campesinos de los Andes: Estudio pionero de la sociología colombiana*”. *Revista Colombiana de Sociología* 3.1 (1996): 53-82.
- Fals Borda, Orlando. *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1981.
- Fals Borda, Orlando. *Subversion and Social Change in Colombia*. New York: Columbia University Press, 1969.
- Fals Borda, Orlando. *Subversión y cambio social. Edición revisada, ampliada y puesta al día de ‘La subversión en Colombia’*. Bogotá: Tercer Mundo, 1968.
- Fals Borda, Orlando et al. *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Tomo 1. Bogotá: Tercer Mundo, 1962.
- Fals Borda, Orlando. *Acción Comunal en una vereda colombiana: su aplicación, sus resultados y su interpretación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Sociología, 1960.
- Fals Borda, Orlando. “Cuarenta años de sociología en Colombia: problemas y proyecciones”. *Revista Colombiana de Sociología* 6.1 (2001): pp.
- Franco, Rolando. *La FLACSO clásica (1957-1973). Vicisitudes de las Ciencias Sociales latinoamericanas*. Santiago de Chile: Catalonia, 2007.
- Garavito, Fernando. *Eduardo Umaña Luna: un hombre, una vida, una país*. Bogotá: Panamericana Editorial, 2001.
- Gómez García, Juan Guillermo. *Colombia es una cosa impenetrable*. Bogotá: Diente de León, 2006.
- Gómez García, Juan Guillermo. *Cultura intelectual de resistencia*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2005.
- Havens, A. Eugene. “La subversión en Colombia: visión del cambio social en la historia”. *American Sociological Review* 33.2 (1968): 312-313.
- Lara, Jorge Hernández. “Dos décadas de sociología en Colombia (1950-1970)”. Trabajo de grado optar el título de sociólogo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1983.
- Leal Buitrago, Francisco. “La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil 1958-1967”. *Desarrollo y Sociedad* 6 (1981): 312-325.
- Lebot, Ivon. *Educación e ideología en Colombia*. Medellín, La Carreta, 1979.
- Löwy Michael y Robert Sayre. *Romanticism: Against the Tide of Modernity*. Londres: Duke University Press, 2001.
- Obregón, Diana. “Sociología: de la palabra al concepto (una hipótesis sobre la constitución de la sociología como ciencia en Colombia)”. *Revista Colombiana de Sociología* 5.1 (1987): 71-78.

- Ortiz, Carlos Miguel. "Historiografía de la violencia". *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Vol. 1. Ed. Bernardo Tovar. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1995) pp.
- Parra Sandoval, Rodrigo. "La sociología en Colombia: 1959-1969". *Ciencia, Tecnología y Desarrollo* 9.1-4 (1985): 173-195.
- Pécaut, Daniel. *Crónica de dos décadas de política colombiana, 1968-1988*. Bogotá: Siglo XXI, 1989.
- Pereira, Alexander. "El itinerario ideológico de Fals Borda, 1925-1957". Trabajo de grado para optar al título de historiador. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2005.
- Pérez, Gustavo. *Camilo Torres Restrepo. Profeta para nuestro tiempo*. Bogotá: Indo-American Press Service, 1996.
- Restrepo Forero, Gabriel. "La sociología ante sus años cincuenta". *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*. Ed. Mauricio Archila et al (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006) 395-398.
- Restrepo Forero, Gabriel. "El Departamento y la Facultad de Sociología entre 1959 y 1966". *Revista Colombiana de Sociología* 6.1 (1988): 85-104.
- Ruiz, Jorge Eliécer. "Las dificultades del compromiso". *Eco* 15.85-86 (may.-jun., 1967): 202-207.
- Ruiz, Manuel. *Sueños y realidades, proceso de organización estudiantil 1954-1966*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Safford, Frank. "Subversion and Social Change in Colombia". *Political Science Quarterly* 86.4 (1971): 721-723.
- Sartre, Jean-Paul. *Crítica de la razón dialéctica*. Tomo 1. Buenos Aires: Editorial Losada, 2004.
- Torres, Camilo. "La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas". *Memoria del Primer Congreso Nacional de Sociología*. Bogotá: Asociación Colombiana de Sociología, 1963. 95-152.
- Urrego, Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De las Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2002.
- Zuleta, Mónica y Alejandro Sánchez. "La batalla por el pensamiento propio en Colombia". *Nómadas* 27 (2007): 124-141.